

Recorriendo México a pie y a caballo

Porfirio Hernández

1941/1945

Nacido en Honduras, Porfirio Hernández emigró a México desde muy joven y se dedicó al periodismo con el pseudónimo de Fígaro. Colaborador de *El Universal* durante los años treinta y cuarenta, sus crónicas de viajes por México las reunió en 1947 y 1951 en estos libros: *Veredas, cumbres y barrancas* y *Recorriendo México a pie y a caballo*, donde incluye numerosos recorridos por tierras oaxaqueñas. [Estos textos son de 1941:]

“Muy de mañana, siguiendo a pie por las márgenes del río Tuxtepec, que más atrás recibe el nombre de Las Vueltas, marchamos a Santiago Dominguillo, situado a unas tres horas de camino de ahí. Pronto nos encontramos en plena tierra de los chicozapotes, los cuales se hallan a punto de reventar de maduros. El lugar a que llegamos es de tal manera propicio para estas frutas que se llama antonomásticamente San Pedro Chicozapote. Está situación en la vega del río y sus casas se encuentran metidas dentro de grandes huertas sembradas de oscuros árboles, en pleno estado de cosecha. ¡Que delicia poder comer esta fruta, la más delicada tal vez del trópico, en su propia casa! Y sobre todo a tan poco precio. Aquí es barata para madurarla, cuando no se envía muy lejos. Consiente éste en cortar las frutas, cuando todavía están verdes, y enterrarlas [...].

“Lentamente se desarrolla el paso de los sesenta y cuatro vados, que las bestias llevan a cabo con paciencia admirable, como que están acostumbrados a ello. Las paredes se vuelven menos ríspidas a menos altas. Los cactus, que hasta entonces sólo habían ido apareciendo de cuando en cuando, se alinean ahora en procesiones interminables, cada vez más grandes. Llegamos a un lugar llamado Las Bocas, en donde termina la barranca y se pasa el último vado. Es una aldea, rodeada de platanares, en la orilla del río. El



paisaje se abre y aparecen enfrente las estribaciones de la sierra de Ixtlán. Por todos lados, los cactus se extienden hasta cubrir el paisaje entero. Los hay de todas clases, en forma de órgano, en forma de estelas, altos como sahuaros. Algunos de esos tubos presentan de nueve a once facetas, en cuyas esquinas florecen hermosas flores blancas y amarillas, como rosas. En los cerros lejanos, a lo largo de nuestro camino, los órganos se extienden hasta formar una sola mancha gris, de puntitos apenas perceptibles. Pero cuando nos acercamos a ellos se nos aparecen gigantes, como catedrales. ¡Qué exótico paisaje, tan exclusivamente mexicano! Ningún otro país podría disputar este tipo de vegetación, que es única en el mundo. Los demás arboles existen en gran cantidad, pero como están despojados de sus hojas, sólo el cacto pone una nota gris verde en aquel formidable paisaje, capaz de conmover al hombre más insensible.”

Ya en 1945, Porfirio Hernández vuelve al estado de Oaxaca y asciende al cerro sagrado de los mixes, el Cempoaltépetl (donde hoy siguen celebrándose las mismas ceremonias que él relata):

“Caminamos durante cuatro horas por la orilla de una hondanada que deja ver, allá abajo, los terrenos en barbecho y los rastros de la siembra última. Salimos de la región de los encinales y entramos en la de las coníferas, a los tres mil metros de altura sobre el nivel del mar. Altos ocotes se aprietan en filas que se van a terminar sobre la cumbre, también cubierta de vegetación. Las bestias se declaran en huelga, y como son mulas hay que aceptar su decisión. Estamos en el último plano de la montaña, un sitio rocoso que sostiene como un zócalo la parte más elevada de la cumbre. Poco después de caminar, encontramos el primer altar de la región pagana de los mixes. Es un ara hecho de piedras en forma de horno. Dentro hay flores y algunos objetos de barro, entre ellos una calavera. Se ven allí las cosas más disímbolas: cigarrillos, polvo de madera que mezclan, según parece, con un tepache de pulque, amuletos de madera y de barro, artículos que sirven probablemente para los exorcismos al dios de la montaña. Los



alrededores están cubiertos de plumas de guajolote. El guía nos explica que los indios traen aquí a estas gallináceas y las degüellan, después de ciertas ceremonias. La sangre es echada en un agujero que hay en las rocas y la carne conducida a la choza, en donde la mujer espera a los sacrificadores para hacer un gran banquete de carne y pulque. Los sacrificios se llevan a cabo especialmente en las épocas anteriores a la siembra, para atraer la lluvia o para que las milpas crezcan bien.

“Continuamos caminando y alcanzamos el segundo altar, hecho de la misma manera. Después el tercero. Este se encuentra en la parte más alta, y la cantidad de plumas ensangrentadas es tan grande, que nos produce asco. Antes de acercarnos hemos visto a una india muy vieja, que subió antes que nosotros, y que se encuentra hincada, haciendo movimientos con las manos. Apenas nos ve y se levanta. Saluda: ‘Adiós, tatita’, y se va. Según el guía, los indios no permiten que se les observe en sus ceremonias, porque temen que se les repruebe su paganismo y que se burlen de ellos.

“Cuando llegamos a las peñas que coronan la parte más alta, junto al ara de los sacrificios, nos ponemos a contemplar el paisaje que tenemos delante. Difícilmente puede darse una idea de este panorama. Por todos lados, en un radio de cuarenta o cincuenta kilómetros, que es todo lo que la vista alcanza, yérguese montañas azules que va a perderse en la comba de la atmósfera atormentada.”

Fuente: Iturriaga, José N., *Viajeros Extranjeros en el Estado de Oaxaca (Siglos XVI-XXI)*, México, Seculta, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2009. pp. 234-236.

